

7

A mi derecha las blancas cásitas de Llansá y Puerto de la Selva semejaban bandadas de palomas, posadas, junto á la playa; á continuación extendíase el cabo de Creus como zarpazo de gigante precipitándose mar adentro.

Algunas velas latinas aparecían en lontananza con rumbo á la bahía, concluída algo tardiamente la matinal faena.

De vez en cuando vuelto el rostro hacia las cimas pirenaicas que sirven de natural frontera á dos pueblos hermanos, recibiendo el fresco soplo de la tramontana, pedíale á esta que envueltas con sus ráfagas trajera un mundo de ideas nuevas que despejara la tupida cerrazón que oscurece el cielo de nuestra patria desde treinta años á esta parte.

Mi hijo alargándome una carta que acababa de traer del pueblo, sacóme de mi embelesamiento; abrí la carta, empecé á leer, y desde las primeras líneas el contenido de aquella despertó en mi alma interés vivísimo. Sólo hablaba de educación: ideas originales, delicadeza de sentimientos, fé, entusiasmo, inagotable caudal de observaciones, de todo esto había en aquellas páginas escritas con el fervor de un apóstol.

¿Quién era el autor de la misiva? Lo ignoraba.

Lejos de mí, la costumbre que tienen otros cuando empiezan la lectura de un escrito y tropiezan con estilo ó escritura desconocida, de buscar apresuradamente la firma. Hasta de estas cosas nimias en apariencia el placer de lo desconocido, de la sorpresa inesperada me absorbe por completo.

Indudablemente tenía que ser algún hombre muy enamorado de su profesión el autor de aquellas elocuentes expansiones.

Mientras iba avanzando en la lectura, la imaginación fantaseaba de lo lindo en busca de quien podía ser el firmante.

¿Será Fulano?... No, respondiése á si mismo la loca de la casa; ni esta es su manera de escribir ni son tan arraigados sus convencimientos. ¿Zutano?... Nunca; éste es un creyente á medias, un positivista que desdeña el ideal de la educación. En fin,